

las leyes; *non enim patria præstat omnibus officiis... et ipsi conducit pios habere cives in parentes*<sup>1</sup>. Instrucción es ésta propia al tiempo en que vivimos: no tenemos necesidad de endurecer nuestros ánimos con las hojas de las espadas; basta que nuestros hombros sean resistentes; basta mojar nuestras plumas en la tinta sin sumergirlas en la sangre. Si es grandeza de alientos y efecto de una virtud rara y singular el menospreciar la amistad, las obligaciones privadas, la palabra y el parentesco en pro del bien común y obediencia del magistrado, basta y sobra para que de ello nos excusemos considerando que es una grandeza que no pudo tener cabida en la magnitud de ánimo de un Epaminondas.

Yo abomino las rabiosas exhortaciones de esta alma turbulenta:

... Deum tela micant, non vos pietatis imago  
Ulla, nec adversa conspecti fronti parentes  
Commoveant; vultus gladio turbate verendos<sup>2</sup>.

Despojemos á los perversos, á los sanguinarios y á los traidores de este pretexto de razón. Abandonemos esa justicia atroz é insensata, y atengámonos á la conducta humana. ¡Cuántísimo pueden para lograrlo el tiempo y el ejemplo! En un encuentro de la guerra civil contra Cina un soldado de Pompeyo mató á su hermano sin pensarlo, el cual pertenecía al partido contrario, y el dolor junto con la vergüenza le hicieron morir á su vez; años después, en otra guerra civil de ese mismo pueblo, otro soldado, por haber matado también á su hermano, pidió una recompensa á sus capitanes.

Mal se argumenta el honor y la hermosura de una acción pregonando su utilidad; y se concluye mal estimando que todos á ella permanecen obligados, suponiendo que es honrada en particular porque es útil en general:

Omnia non pariter rerum sum omnibus apta<sup>3</sup>.

Elijamos la más necesaria y provechosa á la humana sociedad; ésta será sin duda el matrimonio; sin embargo, el parecer de los santos reconoce más conveniente el partido contrario, excluyendo de aquél el vivir más venerable de los hombres, como nosotros destinamos á las yeguas á los caballos de menor valía.

1. Pues la patria no está por cima de todos los deberes, y le importa poseer ciudadanos benignos para con sus padres. CICERÓN, *de Offic.*, III, 23.

2. En tanto que los dardos brillan, que ningún sentimiento de piedad ó de ternura os conmueva; que la vista misma de vuestros padres en el partido opuesto no haga mella en vuestro ánimo: herid, desfigura con la espada esas faces venerables. LUCANO, VII, 320.

3. Todo no es apto para todos. PROPERCIO, III, 37.

## CAPÍTULO II

## DEL ARREPENTIMIENTO

Los demás forman al hombre: yo lo recito como representante de uno particular con tanta imperfección formado que si tuviera que modelarle de nuevo le trocaría en bien distinto de lo que es: pero al presente ya está hecho. Los trazos de mi pintura no se contradicen, aun cuando cambien y se diversifiquen. El mundo no es más que un balanceo perenne; todo en él se agita sin cesar, así las rocas del Cáucaso como las pirámides de Egipto, con el movimiento general y con el suyo propio; el reposo mismo no es sino un movimiento más lánguido. Yo puedo asegurar mi objeto, el cual va alterándose y haciendo eses merced á su natural claridad; tómolos en este punto, conforme es en el instante que con él converso. Yo no pinto el ser, pinto solamente lo transitorio; y no lo transitorio de una edad á otra, ó como el pueblo dice, de siete en siete años, sino de día en día, de minuto en minuto: precisa que acomode mi historia á la hora misma en que la refiero, pues podría cambiar un momento después; y no por acaso, también intencionadamente. Es la mía una fiscalización de diversos y movibles accidentes, de fantasías irresueltas, y contradictorias, cuando viene al caso; bien porque me convierta en otro yo mismo, bien porque acoja los objetos por virtud de otras circunstancias y consideraciones, es el hecho que me contradigo facilmente, pero la verdad, como decía Demades, jamás la adultero. Si mi alma pudiera tomar pie, no me sentaría, me resolvería; mas constantemente se mantiene en prueba y aprendizaje.

Yo propongo una vida baja y sin brillo, mas para el caso es indiferente que fuera relevante. Igualmente se aplica toda la filosofía moral á una existencia ordinaria y privada que á una vida de más rica contextura; cada hombre lleva en sí la forma cabal de la humana condición. Los autores se comunican con el mundo merced á un distintivo especial y extraño; yo, principalmente, merced á mi ser general, como Miguel de Montaigne, no como gramático, poeta ó jurisconsulto. Si el mundo se queja porque yo hablé de mí demasiado, yo me quejo porque él ni siquiera piensa en sí mismo. ¿Pero es razonable que siendo yo tan particular en uso, pretenda mostrarme al conocimiento público? ¿Lo es tampoco el que produzca ante la sociedad, donde las maneras y artificios gozan de tanto crédito, los efectos de naturaleza, crudos y mundos, y de una naturaleza enteca, por añadidura? ¿No es constituir una muralla sin piedra, ó cosa semejante, el fabricar libros sin ciencia ni arte? Las fantasías de la música el arte las acomoda,

las mías el acaso. Pero al menos voy de acuerdo con la disciplina en que jamás ningún hombre trató asunto que mejor conociera ni entendiera que yo entiendo y conozco el que he emprendido; en él soy el hombre más sabio que existir pueda; en segundo lugar, ningún mortal penetró nunca en su tema más adentro, ni más distintamente examinó los miembros y consecuencias del mismo, ni llegó con más exactitud y plenitud al fin que propusiera á su tarea. Expuse la verdad, no hasta el hartazgo, sino hasta el limite en que me atrevo á exteriorizarla, y me atrevo algo más envejeciendo, pues parece que la costumbre concede á esta edad mayor libertad de charla, y mayor indiscreción en el hablar de si mismo. Aquí no puede acontecer lo que veo que sucede frecuentemente, ó sea que el artesano y su labor se contradicen: ¿cómo un hombre, oímos, de tan sabrosa conversación ha podido componer un libro tan insulso? O al revés: ¿cómo escritos tan relevantes han emanado de un espíritu cuyo hablar es tan flojo? Quien conversa vulgarmente y escribe de modo diestro declara que su capacidad reside en un lugar de donde la toma, no en él mismo. Un personaje sabio no lo es en todas las cosas; mas la suficiencia en todo se basta, hasta en el ignorar: aquí vamos conformes y en igual sentido, mi libro y yo. Acullá puede recomendarse ó acusarse la obra independientemente del obrero; aquí no; pues quien se las ha con el uno se las ha igualmente con el otro. Quien le juzgare sin conocerle se perjudicará más de lo que á mi me perjudique; quien le haya conocido me procura satisfacción cabal. Por contento me daré y por cima de mis merecimientos me consideraré, si logro solamente alcanzar de la aprobación pública el hacer sentir á las gentes de entendimiento que he sido capaz de convertir la ciencia en mi provecho, caso de que la haya tenido, y que merecía que la memoria me prestara mayor ayuda.

Pasemos aquí por alto lo que acostumbro á decir frecuentemente, ó sea que yo me arrepiento rara vez, y que mi conciencia se satisface consigo misma; no como la de un ángel ó como la de un caballo, sino como la de un hombre, añadiendo constantemente este refrán, y no ceremoniosamente sino con sumisión esencial é ingeniosa: « que yo hablo como quien ignora é investiga, remitiéndome para la resolución pura y simplemente á las creencias comunes y legítimas ». Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar.

No hay vicio que esencialmente lo sea que no ofenda y que un juicio cabal no acuse, pues muestran todos una fealdad é incomodidad tan palmarias que acaso tengar razón los que los suponen emanados de torpeza é ignorancia: tan difícil es imaginar que se los conozca sin odiarlos. La malicia absorbe la mayor parte de su propio veneno y

se envenena igualmente. El vicio deja como una úlcera en la carne y un arrepentimiento en el alma que constantemente á ésta araña y ensangrienta, pues la razón borra las demás tristezas y dolores engendrando el del arrepentimiento, que es más duro, como nacido interiormente, á la manera que el frío y el calor de las fiebres emanados son más rudos que los que vienen de fuera. Yo considero como vicios (mas cada cual según su medida) no sólo aquellos que la razón y la naturaleza condenan, sino también los que las ideas de los hombres, falsas y todo como son, consideran como tales, siempre y cuando que el uso y las leyes las autoricen.

Por el contrario, no hay bondad que no regocije á una naturaleza bien nacida. Existe en verdad yo no sé qué congratulación en el bien obrar que nos alegra interiormente, y una altivez generosa que acompaña á las conciencias sanas. Un alma valerosamente viciosa puede acaso revestirse de seguridad, mas de aquella complacencia y satisfacción no puede proveerse. No es un plan baladí el sentirse preservado del contagio en un siglo tan dañado, y el poder decirse consigo mismo: « Ni siquiera me encontraría culpable quien viese hasta el fondo de mi alma, de la aflicción y ruina de nadie, ni de venganza ó envidia, ni de ofensa pública á las leyes, ni de novelerías y trastornos, ni de falta al cumplimiento de mi palabra; y aun cuando la licencia del tiempo en que vivimos á todos se lo consienta y se lo enseñe, no puse yo jamás la mano en los bienes ni en la bolsa de ningún hombre de mi nación, ni vivi sino á expensas de la mía, así en la guerra como en la paz, ni del trabajo de nadie me serví sin recompensarlo. » Placen estos testimonios de la propia conciencia, y nos procura saludable beneficio esta alegría natural, la sola remuneración que jamás nos falte.

Fundamentar la recompensa de las acciones virtuosas en la aprobación ajena es aceptar un inciertísimo y turbio fundamento, señaladamente en un siglo corrompido é ignorante como éste; la buena estima del pueblo es injuriosa. ¿Á quién confiáis el ver lo que es laudable? ¡Dios me guarde de ser hombre cumplido conforme á la descripción que para dignificarse oigo hacer todos los días á cada cual de sí mismo! *Quæ fuerant vitia, mores sunt*<sup>1</sup>. Tales de entre mis amigos me censuraron y reprimendaron abiertamente, ya movidos por su propia voluntad, ya instigados por mí, cosa que para cualquier alma bien nacida sobrepuja no ya sólo en utilidad sino también en dulzura los oficios todos de la amistad; yo acogí siempre sus catilinarias con los brazos abiertos, reconocida y cortésmente; mas, hablando ahora en conciencia, encontré á veces en repro-

1. Los vicios de antaño son las virtudes de ogaño. SÉNECA, *Epist.* 39.

ches y alabanzas tanta escasez de medida, que más bien hubiera incurrido en falta que bien obrado dejándome llevar por sus consejos. Principalmente nosotros que vivimos una existencia privada, sólo visible á nuestra conciencia, debemos fijar un patrón interior para acomodar á él todas nuestras acciones, y según el cual acariciarnos unas veces y castigarnos otras. Yo tengo mis leyes y mi corte para juzgar de mí mismo, á quienes me dirijo más que á otra parte; yo restrinjo mis acciones con arreglo á los demás, pero no las entiendo sino conforme á mí. Sólo vosotros mismos podéis saber si sois cobardes y crueles, ó leales y archidevotos; los demás no os ven, os adivinan mediante inciertas conjeturas; no tanto contemplan vuestra naturaleza como vuestro arte, por donde no debéis ateneros á su sentencia, sino á la vuestra: *Tuo tibi iudicio est utendum... Virtutis et vitiorum grave ipsius conscientie pondus est: qua sublata, jacent omnia*<sup>1</sup>. Mas lo que comunmente se dice de que el arrepentimiento sigue de cerca al mal obrar, me parece que no puede aplicarse al pecado que llegó ya á su límite más alto, al que dentro de nosotros habita como en su propio domicilio; podemos desaprobarnos y desdecirnos de los vicios que nos sorprenden y hacia los cuales las pasiones nos arrastran, pero aquellos que por dilatado hábito permanecen anclados y arraigados en una voluntad fuerte y vigorosa no están ya sujetos á contradicción. El arrepentimiento no es más que el desdecir de nuestra voluntad y la oposición de nuestras fantasías, que nos llevan en todas direcciones haciendo desaprobarnos á algunos hasta su virtud y continencia pasadas:

Quæ mens est hodie, cur eadem non puero fuit?  
Vel cur his animis incolumes non redeunt genæ?<sup>2</sup>

Es una vida relevante la que se mantiene dentro del orden hasta en su privado. Cada cual puede tomar parte en la mundanal barahunda y representar en la escena el papel de un hombre honrado; mas interiormente y en su pecho, donde todo nos es factible y donde todo permanece oculto, que el orden persista es la meta. El cercano grado de esta bienandanza es practicarla en la propia casa, en las acciones ordinarias, de las cuales á nadie tenemos que dar cuenta, y donde no hay estudio ni artificio; por eso Bias, pintando un estado perfecto en la familia, dijo « que el jefe de ella debe ser tal interiormente por sí mismo como lo

1. Poned á contribución vuestro propio juicio... El testimonio interno que la virtud y el vicio se procuran es cosa de gran peso: prescindiendo de esta conciencia, y todo cae por tierra. Las primeras palabras están sacadas de las *Tusculanas* de Cicerón, I, 25; y la frase siguiente, del tratado de *Natura deorum*, III, 35. C.

2. ¡Ay! ¡que no pensara yo antaño como actualmente! ¡ó que no dispusiera yo hoy incólume del lustre con que mi juventud brillaba! HORACIO, *Od.*, VI, 104.

es afuera por el temor de la ley y el decir de los hombres». Y Julio Druso respondió dignamente á los obreros que mediante tres mil escudos le ofrecían disponer su casa de tal suerte que sus vecinos no vieran nada de lo que pasara en ella, cuando dijo: « Os daré seis mil si hacéis que todo el mundo pueda mirar por todas partes. » Advierten en honor de Agesilao que tenía la costumbre de elegir en sus viajes los templos por vivienda, á fin de que así el pueblo como los dioses mismos pudieran contemplarle en sus acciones privadas. Tal fué para el mundo hombre prodigioso en quien su mujer y su lacayo ni siquiera vieron nada de notable; pocos hombres fueron admirados por sus domésticos; nadie fué profeta no ya sólo en su casa, sino tampoco en su país, dice la experiencia de las historias; lo mismo sucede en las cosas insignificantes, y en este bajo ejemplo se ve la imagen de las grandes. En mi terruño de Gascuña consideran como suceso extraordinario el verme en letras de molde, en la misma proporción que el conocimiento de mi individuo se aleja de mi vivienda, y así valgo más á los ojos de mis paisanos; en Guiena compró los impresores, y en otros lugares soy yo el comprado. En esta particularidad se escudan los que se esconden vivos y presentes para acreditarse muertos y ausentes. Yo mejor prefiero gozar menos honores; lánzome al mundo simplemente por la parte que de ellos alcanzo, y llegado á este punto los abandono. El pueblo acompaña á un hombre hasta su puerta deslumbrado por el ruido de un acto público, y el favorecido con su vestidura abandona el papel que desempeñara, cayendo tanto más hondo cuanto más alto había subido, y dentro de su alojamiento todo es tumultuario y vil. Aun cuando en ella el orden presidiera, todavía precisa hallarse provisto de un juicio vivo y señalado para advertirlo en las propias acciones privadas y ordinarias. Montar brecha, conducir una embajada, gobernar un pueblo, son acciones de relumbrón; amonestar, reír, vender, pagar, amar, odiar y conversar con los suyos y consigo mismo, dulcemente y equitadamente, no incurrir en debilidades, mantener cabal su carácter, es cosa más rara, más difícil y menos aparatosa. Por donde las existencias retiradas cumplen, dígame lo que se quiera, deberes tan austeros y rudos como las otras; y las privadas, dice Aristóteles, sirven á la virtud venciendo dificultades mayores y de modo más relevante que las públicas. Más nos preparamos á las ocasiones eminentes por gloria que por conciencia. El más breve camino de la gloria sería desvelarnos por la conciencia como nos desvelamos por la gloria. La virtud de Alejandro me parece que representa mucho menos vigor en su teatro que la de Sócrates en aquella su ejercitación ordinaria y obscura. Concibo fácilmente al filósofo en el lugar de Alejandro; á Alejandro en el de Sócrates no lo imagino. Quien preguntara

á aquél que sabía hacer obtendría por respuesta. « Subyugar el mundo »; quien interrogara á éste, oiría: « Conducir la vida humana conforme á su natural condición », que es ciencia más universal, legítima y penosa.

No consiste el valer del alma en encaramarse á las alturas, sino en marchar ordenadamente; su grandeza no se ejercita en la grandeza, sino en la mediocridad. Como aquellos que nos juzgan y por dentro nos sondean, reparan poco en el resplandor de nuestras acciones públicas, viendo que éstas no son más que hilillos finisimos y chispillas de agua surgidos de un fondo cenagoso, así los que nos consideran por la arrogante apariencia del exterior concluyen lo mismo de nuestra constitución interna; y no pueden acoplar las facultades vulgares, iguales á las propias, con las otras que los pasman y alejan de su perspectiva. Por eso suponemos á los demonios formados como los salvajes. ¿Y quién no imaginará á Tamerlán con el entrecejo erguido, dilatadas las ventanas de la nariz, el rostro horrendo y la estatura desmesurada, como lo sería la fantasía que lo concibiere gracias al estruendo de sus acciones? Si antaño me hubieran presentado á Erasmo, difícil habría sido que yo no hubiese tomado por apotegmas y adagios cuanto hubiera dicho á su criado y á su hostelería. Imaginamos con facilidad mayor á un artesano haciendo sus menesteres ó encima de su mujer, que en la misma disposición á un presidente, venerable por su postura y capacidad; parécenos que éstos desde los sitios preeminentes que ocupan no descienden á las modestas labores de la vida. Como las almas viciosas son frecuentemente incitadas al bien obrar movidas por algún extraño impulso, así acontece á las virtuosas en la práctica del mal; precisa, pues, que las juzguemos en su estado de tranquilidad, cuando son dueñas de sí mismas, si alguna vez lo son, ó al menos cuando más con el reposo están avecinadas en su situación ingenua.

Las inclinaciones naturales se ayudan y fortifican con el concurso de la educación; mas apenas se modifican ni se vencen: mil naturalezas de mi tiempo escaparon hacia la virtud ó hacia el vicio al través de opuestas disciplinas,

Sic ubi desuetæ silvis in carcere clausæ  
Mansuere feræ, et vultus posuere minaces,  
Atque hominem didicere pati, si torrida parvus  
Venit in ora cruor, redeunt rabiesque furorque,  
Admonitæque tument gustato sanguine fauces;  
Fervet, et a trepido vix abstinet ira magistro<sup>1</sup>:

1. Así cuando las fieras en su prisión sombría olvidan las selvas, parecen haberse dulcificado; despojándose de su orgullo, diríase que aprendieron á soportar el dominio del hombre; mas si por acaso una poca sangre acierta á tocar sus inflamadas fauces, su rabia se despierta, su garganta se hincha, sedienta del líquido cuyo gusto viene á excitar su sed: arden en deseos de saciarse de él, y su crueldad se abstiene apenas de devorar al amo, que tiembla de terror. LUCANO, IV, 237.

las cualidades originales no se extirpan, se cubren y ocultan. La lengua latina es en mí como natural é ingénita (mejor la entiendo que la francesa); sin embargo, hace cuarenta años que de ella no me he servido para hablarla y apenas para escribirla, á pesar de lo cual, en dos extremas y repentinas emociones en que vine á dar dos ó tres veces en mi vida, una de ellas viéndome á mi padre en perfecto estado de salud caer sobre mí desfallecido, lancé siempre del fondo de mis entrañas las primeras palabras en latín; mi naturaleza se exhaló y expresó fatalmente en oposición de un uso tan dilatado. Este ejemplo podría con muchos otros corroborarse.

Los que en mi tiempo intentaron corregir las costumbres públicas con el apoyo de nuevas opiniones, reforman sólo los vicios aparentes, los esenciales los dejan quedos si es que no los aumentan, y este aumento es muy de temer en aquella labor. Repósase fácilmente de todo otro bien hacer con estas enmiendas externas, arbitrarias, de menor coste y de mayor mérito, satisfaciéndose así con poco gasto los otros vicios naturales, consustanciales é intestinos. Deteneos un poco á considerar lo que acontece dentro de vosotros: no hay persona, si se escucha, que no descubra en sí una forma suya, una forma que domina contra todas las otras, que lucha contra la educación y contra la tempestad de las pasiones que la son contrarias. Por lo que á mí respecta, apenas me siento agitado por ninguna sacudida; encuéntrome casi siempre en mi lugar natural, como los cuerpos pesados y macizos; si no soy siempre yo mismo, estoy muy cerca de serlo. Mis desórdenes no me arrastran muy lejos; nada hay en mí de extremo ni de extraño, y sin embargo vuelvo sobre mis acuerdos por modo sano y vigoroso.

La verdadera condenación, que arrastra á la común manera de ser de los hombres, consiste en que el retiro mismo de éstos está preñado de corrupción y encenagado; la idea de su enmienda emporcada, la penitencia enferma y empecatada, tanto aproximadamente como la culpa. Algunos, ó por estar colados al vicio con soldadura natural, ó por hábito dilatado, no reconocen la fealdad del mismo; para otros (entre los cuales yo me encuentro), el vicio pesa, pero lo contrabalancean con el placer ó cualquiera otra circunstancia, y lo sufren y á él se prestan, á cierto coste, por lo mismo viciosa y cobardemente. Sin embargo, acaso pudiera imaginarse una desproporción tan lejana, en que el vicio fuera ligero y grande el placer que recabara, por donde justamente el pecado podría excusarse, como decimos de lo útil; y no sólo hablo aquí de los placeres accidentales de que no se goza sino después del pecado cometido, como los que el latrocinio procura, sino del ejercicio mismo del placer, como el que ayuntándonos con las mu-

eres experimentamos, en que la incitación es violenta, y dicen que á veces invencible. Hallándome dias pasados en las tierras que uno de mis parientes posee en Armagnac conocí á un campesino á quien todos sus vecinos llaman el Ladrón, el cual relataba su vida por el tenor siguiente: como hubiera nacido mendigo y cayera en la cuenta de que con el trabajo de sus manos no llegaría jamás á fortificarse contra la indigencia, determinó hacerse ladrón, y en este oficio empleó toda su juventud, con seguridad cabal, merced á sus fuerzas robustas, pues recolectaba y vendimiaba las tierras ajenas con esplendidez tanta que parecía inimaginable que un hombre hubiera acarreado en una noche tal cantidad sobre sus costillas; cuidaba además de igualar y dispersar los perjuicios ocasionados, de suerte que las pérdidas importaran menos á cada particular de los robados. En los momentos actuales vive su vejez, rico, para un hombre de su condición, gracias á ese tráfico que abiertamente confiesa; y para acomodarse con Dios, á pesar de sus adquisiciones, dice que todos los días remunera á los sucesores de los robados, y añade que si no acaba con su tarea (pues proveerlos á un tiempo no le es dable), encargará de ello á sus herederos, en razón á la ciencia, que el solo posee, del mal que á cada uno ocasionara. Conforme á esta descripción, verdadera ó falsa, este hombre considera el latrocinio como una acción deshonorosa, y lo detesta, si bien menos que la indigencia; su arrepentimiento no deja lugar á duda; mas considerando el robo, según su escuela, contrabalanceado y compensado, no se arrepiente en modo alguno. Este proceder no constituye la costumbre que nos incorpora al vicio y con él conforma nuestro entendimiento mismo, ni es tampoco ese viento impetuoso que va enturbiando y cegando á sacudidas nuestra alma y nos precipita, como asimismo á nuestro juicio, en las garras del vicio.

Ordinariamente realizo yo por entero mis acciones y camino como un cuerpo de una sola pieza; apenas tengo movimiento que se oculte y aleje de mi corazón y que sobre poco más ó menos no se conduzca por consentimiento de todas mis facultades, sin división ni sedición intestinas: mi juicio posee íntegras la culpa ó la alabanza, y si de aquélla me dí cuenta una vez, en lo sucesivo lo propio me aconteció, pues casi desde que vine al mundo es uno, con idéntica inclinación, con igual dirección y fuerza; y en punto á opiniones universales, desde mi infancia me coloqué en el lugar donde habia de mantenerme en lo sucesivo. Hay pecados impetuosos, prontos y súbitos (dejémoslos á un lado), mas en esos de reincidencia, deliberados y consultados, pecados de complexión ó de profesión y oficio, no puedo concebir que permanezcan plantados tan dilatado tiempo en un mismo ánimo sin que la razón y la conciencia de

quien los posee los quiera constantemente y lo mismo el entendimiento; y el arrepentimiento de que el pecador empedernido se vanagloria hallarse dominado en cierto instante prescrito, es para mí algo duro de imaginar y de representar. Yo no sigo la secta de Pitágoras, quien decia «que los hombres toman un alma nueva cuando se acercan á los simulacros de los dioses para recoger sus oráculos», á menos que con esto no quisiera significar la necesidad de que sea extraña, nueva y prestada para el caso, puesto que la nuestra tan pocos signos ofrece de purificación condignos con ese oficio.

Hacen los pecadores todo lo contrario de lo que pregonan los preceptos estoicos, los cuales nos ordenan corregir las imperfecciones y los vicios que reconocemos en nosotros, pero nos prohíben alterar el reposo de nuestra alma. Aquéllos nos hacen creer que sienten disgusto y remordimiento internos, mas de enmienda, corrección, ni interrupción nada dejan aparecer. La curación no existe si la carga del mal no se echa á un lado; si el arrepentimiento pesara sobre el platillo de la balanza, arrastraría consigo la culpa. No conozco ninguna cosa tan fácil de simular como la devoción, si con ella no se conforman las costumbres y la vida; su esencia es abstrusa y oculta, fáciles y engañadoras sus apariencias.

Por lo que á mí incumbe, puedo en general ser distinto de como soy; puedo condenar mi forma universal y desplacerme de ella; suplicar á Dios por mi cabal enmienda y por el perdón de mi flaqueza natural, pero entiendo que á esto no debo llamar arrepentimiento, como tampoco á la contrariedad de no ser arcángel ni Catón. Mis acciones son ordenadas y conformes á lo que soy y á mi condición; yo no puedo conducirme mejor, y el arrepentimiento no reza con las cosas que superan nuestras fuerzas, sólo el sentimiento. Yo imagino un número infinito de naturalezas elevadas y mejor gobernadas que la mía, y sin embargo no enmiendo mis facultades, del propio modo que ni mi brazo ni mi espíritu alcanzaron vigor mayor por concebir otra naturaleza que los posea. Si la imaginación y el deseo de un obrar más noble que el nuestro acarreará el arrepentimiento de nuestras culpas, tendríamos que arrepentirnos hasta de las acciones más inocentes, á tenor de la excelencia que encontraríamos en las naturalezas más dignas y perfectas, y querríamos hacer otro tanto. Cuando reflexiono, hoy que ya soy viejo, sobre la manera como me conduje cuando joven, reconozco que ordinariamente fué de un modo ordenado, según la medida de las fuerzas que el cielo me otorgó; es todo cuanto mi resistencia alcanza. Yo no me alabo ni dignifico; en circunstancias semejantes sería siempre el mismo: la mía no es una mancha, es más bien una tintura general que me ennegrece. Yo no conozco

co el arrepentimiento superficial, mediano y de ceremonia; es preciso que me sacuda universalmente para que así lo nombre; que pellizque mis entrañas y las aflija hasta lo más recóndito cuanto necesario sea para comparecer ante el Dios que me ve, y tan íntegramente.

Por lo que á los negocios respecta yo dejé escapar muchas ocasiones excelentes á falta de dirección adecuada; mis apreciaciones, sin embargo, fueron bien encaminadas, según el cariz que los acontecimientos presentaron; lo mejor de todo es tomar siempre el partido más fácil y seguro. Reconozco que en mis deliberaciones pasadas, conforme á mi regla procedí cuerdate, conforme á la cosa que se me proponía, y haría lo mismo de aquí á mil años en ocasiones semejantes. Yo no miro en este particular el estado actual de las cosas, sino el que mostraban éstas cuando sobre ellas deliberaba: la fuerza de toda determinación radica en el tiempo; las ocasiones y los negocios ruedan y se modifican sin cesar. Yo incurri en algunos groseros y trascendentales errores durante el transcurso de mi vida, no por falta de buen dictamen, sino por escasez de dicha. Existen lados secretos en los objetos que traemos entre manos, é inadivinales, principalmente en la naturaleza de los hombres; condiciones mudas y que por ningún punto se muestran, á veces desconocidas para el mismo que las posee, que se producen y despiertan cuando las ocasiones sobrevienen; si mi prudencia no las pudo penetrar ni profetizar, no por ello quiero mal á mi prudencia; la misión de ésta se mantiene dentro de sus límites: si el acontecimiento me derrota, si favorece el partido que había yo rechazado, el suceso es irremediable, no me culpo á mí, culpo á mi mala fortuna y no á mi obra. Esto no se llama arrepentimiento.

Foción dió á los atenienses cierto consejo que no fué puesto en práctica, y como la cuestión que lo motivara aconteciese prósperamente contra lo que él previera, alguien le dijo: «Que tal, Foción, ¿estás contento de que los sucesos vayan tan á maravilla? — Contentísimo estoy, contestó, de que haya ocurrido lo que hemos visto, pero no me arrepiento de mi consejo.» Cuando mis amigos se dirigen á mí para ser encaminados, les hablo libre y claramente, sin detenerme, como casi todo el mundo acostumbra, puesto que siendo la cosa aventurada puede ocurrir lo contrario de mis previsiones, por donde aquéllos puedan censurar mis luces. Lo cual no me importa, pues errarán si tal camino siguen, y yo no debí negarles el servicio que me pedían.

Yo no achaco mis descalabros é infortunios á otro, sino á mi mismo, pues rara vez me sirvo del consejo ajeno si no es por ceremonia y bien parecer, salvo en el caso en que me son necesarios ciencia, instrucción ó conocimiento de

la cosa. Mas en aquellas en que sólo mi buen ó mal entender precisa, las razones extrañas pueden servirme de apoyo, pero poco á desviarme de mi camino: todas las oigo favorable y decorosamente, pero que yo recuerde no he creído hasta hoy más que las mías. A mi juicio, no son éstas sino moscas y átomos que pasean mi voluntad. Poco mérito hago yo de mis apreciaciones, mas tampoco estimo grandemente las ajenas. Con ello el acaso me paga dignamente, pues si no recibo consejos, doy tan pocos como recibo. Si bien soy muy poco requerido, todavía soy menos creído, y no tengo nuevas de ninguna empresa pública ó privada que mi parecer haya dirigido y encaminado. Aun aquellos mismos á quienes la casualidad había á ello en algún modo dirigido, se dejaron con mejor gana gobernar por otro cerebro con preferencia al mío. Como quien es tan celoso de los derechos de su tranquilidad como de los de su autoridad, prefiriólo mejor así. Dejándome de tal suerte, se procedé conforme á mi albedrío, que consiste en establecerme y contenerme dentro de mí mismo. Me es agradable mantenerme desinteresado en los negocios ajenos y desligado de la salvaguardia de los mismos.

En toda suerte de negocios, cuando ya son pasados, de cualquier modo que hayan acontecido, tengo poco pesar, pues la consideración de que así debieron suceder aparta de mí el resentimiento. Helos ya formando parte del torrente del universo, en el encadenamiento de las causas según las doctrinas estoicas; vuestra fantasía no puede por deseo é imaginación remover un punto sin que todo el orden de las cosas se derribe, así el pasado como el porvenir.

Detesto además el accidental arrepentimiento á que la edad nos encamina. Aquel que en lo antiguo decía estar obligado á los años porque le habían despojado de los placeres voluptuosos, profesaba opiniones diferentes á las mías. Jamás estaré yo reconocido á la debilidad, por mucha calma que me procure: *nec tam aversa unquam videbitur ab opere suo Providentia ut debilitas inter optima inventa sit*<sup>1</sup>. Los apetitos son raros en la vejez; una saciedad intensa se apodera de nosotros cuando en ella ponemos nuestra planta, en la cual nada veo en que la conciencia tenga que ver: el dolor moral y la debilidad física nos imprimen una virtud cobarde y catarral. No debemos tanto y tan por completo dejarnos llevar por las alteraciones naturales que abastardeemos nuestro juicio. El placer y la juventud no hicieron antaño que yo desconociera el semblante del vicio en la voluptuosidad, ni en el momento actual el hastío con que los años me obsequiaron hace que desconozca el de la voluptuosidad en el vicio: ahora que ya

1. Jamás la Providencia será tan enemiga de su obra para consentir que la debilidad sea colocada en el rango de las cosas mejores. *QUINTILIANO, Inst. orat., V, 12.*

no estoy en mis verdes años, me es dable juzgar como si lo estuviera. Yo que la sacudo viva y atentamente encuentro que mi razón es la misma que gozaba en la edad más licenciosa de mi vida, si es que con la vejez no se ha debilitado y empeorado; y reconozco que oponerse á interesarme en ese placer por interés de mi salud corporal, no lo hará, como antaño no lo hizo por el cuidado de la salud espiritual. Por verla fuera de combate no la juzgo más valerosa: mis tentaciones son tan derrengadas y mortecinas, que no vale la pena que la razón las combata; con extender las manos las conjuro. Que se la coloque frente á la concupiscencia antigua y creo que tendrá menos fuerza que antaño para rechazarla de las que entonces desplegaba. No veo que mi discernimiento juzgue de la voluptuosidad diferentemente de como antaño juzgaba; tampoco encuentro en ella ninguna claridad nueva, por donde caigo en la cuenta de que si hay convalecencia, es una convalecencia maleada. ¡Miserable suerte de remedio el de deber la salud á la enfermedad! No incumbe á nuestra desdicha cumplir este oficio, sino á la bienandanza de nuestro juicio. Nada se me obliga á hacer por las ofensas y las aflicciones si no es maldecirlas; éstas sólo mueven á las gentes que no se despiertan sino á latigazos. Mi razón camina más libremente en la prosperidad, al par que está mucho más distraída y ocupada en digerir los males que los bienes: yo veo con claridad mayor en tiempo sereno; la salud me gobierna más alegre y útilmente que la enfermedad. Avancé cuanto pude hacia mi reparación y reglamento cuando de ellos tenía que gozar: me avergonzaria el que la miseria é infortunio de mi vejez hubiera de ser preferida á mis buenos años, sanos, despiertos y vigorosos, y que hubiera de estimármese no por lo que fui, sino por lo que dejé de ser.

A mi entender es el «vivir dichosamente», y no como Antístenes decía «el morir dichosamente», lo que constituye la humana felicidad. Yo no aguardé á sujetar monstruosamente la cola de un filósofo á la cabeza de un hombre ya perdido, ni quise tampoco que este raquítico fin hubiera de desaprobarme y desmentir la más hermosa, cabal y dilatada parte de mi vida: quiero presentarme y dejarme ver en todo uniformemente. Si tuviera que recorrer lo andado, viviría como hasta ahora he vivido; ni lamento el pasado, ni temo lo venidero, y, si no me engaño, mi existir anduvo por dentro como por fuera. Uno de los primordiales beneficios que yo deba á mi buena estrella, consiste en que en el curso de mi estado corporal cada cosa haya acontecido en su tiempo: vi las hojas, las flores y el fruto, y ahora tengo la sequía delante de mis ojos, dichosamente, puesto que es natural que así suceda. Soporto los males con dulzura, porque en la época vivo de sufrirlos, y además porque traen

halagüeñamente á mi memoria el recuerdo de mi larga y dichosa vida pasada. Análogamente, mi cordura puede muy bien haber sido de la misma indole en el tiempo pasado y en el presente, pero entonces era más fuerte, y mostraba un continente más gracioso, fresco, alegre é ingenuo; ahora la veo baldada, gruñona y trabajosa. Renuncio, por consiguiente, á estas enmiendas casuales y dolorosas. Necesario es que Dios toque nuestro ánimo; preciso es que nuestra conciencia se enmiende por sí misma, mediante el refuerzo de nuestra razón y no con el ayuda de la debilidad de nuestros apetitos: la voluptuosidad no es en esencia pálida ni descolorida porque la adviertan ojos legañosos y turbios.

Debe amarse la templanza por ella misma y por respeto al Dios que nos la ordenó, como asimismo la castidad; la que los catarros nos prestan, y que yo debo al beneficio de mi cólico, ni es castidad ni templanza. No puede vanagloriarse de menospreciar y combatir el goce voluptuoso, quien no lo ve, quien lo ignora, quien desconoce sus gracias y sus ímpetus y sus bellezas más imantadas; yo que conozco uno y otro puedo decirlo con fundamento. Pero me parece que en la vejez nuestras almas están sujetas á imperfecciones más importunas que en la juventud; así lo decía yo cuando mozo, y entonces mi apreciación no era entendida á causa de mis pocos años; y lo repito ahora que mis cabellos grises me otorgan crédito. Llamamos cordura á la dificultad de nuestros humores, á la repugnancia que las cosas presentes nos ocasionan; mas en verdad acontece que no abandonamos tanto los vicios cuanto por otros los cambiamos, á mi entender de peor catadura: á más de una altivez torpe y caduca, un charlar congojoso, los humores espinosos é insociables, la superstición y un cuidado ridículo en atesorar riquezas cuando no tenemos en qué emplearlas, descubro yo más envidia, injusticia y malignidad; suministran los años más arrugas al espíritu que al semblante y apenas se ven almas, ó por lo menos raramente, que envejeciendo dejan de mostrar agrior y olor á moho. El hombre camina íntegramente hacia su crecimiento lo mismo que hacia su decrecimiento. En presencia de la sabiduría de Sócrates, considerando algunas circunsancias de su condena, osaría yo creer que á ella se prestó hasta cierto punto por prevaricación y de propio intento, tocando tan de cerca, á los setenta años que ya contaba, el embotamiento de las ricas prendas de su espíritu y el obscurecer de su acostumbrada clarividencia. ¡Qué metamorfosis la veo yo hacer á diario en muchas de mis relaciones! Es una enfermedad vigorosa que se desliza natural é imperceptiblemente; provisión grande de estudio y precaución no menor hanse menester para evitar las imperfecciones que nos acarrea, ó al menos para debilitar el progreso de